

farándula. Estando en estas pláticas quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venía vestido de boji-ganga con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traía tres vejigas de vaca hinchadas, el cual moharracho llegándose á D. Quijote comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vejigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle D. Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con mas lijereza que jamas prometieron los huesos de su notomía. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rucio, y á toda priesa fué á valerle, pero cuando á él llegó ya estaba en tierra y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apenas hubo dejado su caballería Sancho por acudir á D. Quijote, cuando el demonio ballador de las vejigas saltó sobre el rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido mas que el dolor de los golpes le hizo volar por la campaña hácia el lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caída de su amo, y no sabía á cuál de las dos necesidades acudiría primero: pero en efecto, como buen escudero y como buen criado pudo mas con él el amor de su señor que el cariño de su jumento; puesto que cada vez que veía levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte, y ántes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el mas mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulacion llegó donde estaba D. Quijote harto mas maltrecho de lo que él quisiera, y ayudándole á subir sobre Rocinante le dijo: Señor, el diablo se ha llevado el rucio. ¿Qué diablo? preguntó D. Quijote. El de las vejigas, respondió Sancho. Pues yo le cobraré, replicó D. Quijote, si bien se encerrase con él en los mas hondos y oscuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho, que la carreta va despacio, y con las mulas della satisfaré la pérdida del rucio. No hay para qué hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho; vuesa merced temple su cólera, que segun me parece ya el diablo ha dejado el rucio, y vuelve á la querencia; y así era la verdad, porque habiendo caído el diablo con el rucio por imitar á D. Quijote y á Rocinante, el diablo se fué á pié al pueblo, y el jumento se volvió á su amo. Con todo eso, dijo D. Quijote, será bien castigar el descortamiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo emperador. Quitesele á vuesa merced eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas: sepa vuesa merced que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y mas siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos ó los mas en sus trajes y compostura parecen unos príncipes. Pues con todo, respondió D. Quijote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano; y diciendo esto volvió á la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, y iba dando voces diciendo: Deteneos, esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar á entender cómo se han de tratar los jumentos y alimañas

que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes. Tan altos eran los gritos de D. Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta; y juzgando por las palabras la intencion del que las decia, en un instante saltó la muerte de la carreta, y tras ella el emperador, el diablo carretero y el ángel, sin quedarse la reina ni el dios Cupido; y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala esperando recibir á D. Quijote en las puntas de sus guijarros. D. Quijote, que los vió puestos en tan gallardo escuadron, los brazos levantados, con ademán de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar de qué modo los acometeria con ménos peligro de su persona. En esto que se detuvo llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadron, le dijo: Asaz de locura sería intentar tal empresa; considere vuesa merced, señor mio, que para sopa de arroyo y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo, si no es embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y tambien se ha de considerar que es mas temeridad que valentía acometer un hombre solo á un ejército donde está la muerte, y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles: y si esta consideracion no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningun caballero andante. Ahora sí, dijo D. Quijote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi va determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero: á tí, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que á tu rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables. No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios, cuanto mas que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los dias que los cielos me dieren de vida. Pues esa es tu determinacion, replicó D. Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas y volvamos á buscar mejores y mas calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su rucio, la muerte con todo su escuadron volante volvieron á su carreta y prosiguieron su viaje, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la muerte: gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al cual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero, de no ménos suspencion que la pasada.

CAPITULO XII.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso D. Quijote con el bravo caballero de los Espejos.

La noche que siguió al dia del rencuentro de la muerte la pasaron D. Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombrosos árboles, habiendo á persuasion de Sancho comido D. Quijote de lo que venía en el repuesto del rucio, y entre la cena dijo Sancho á su señor: Señor, qué tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced

acabara, ántes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto, mas vale pájaro en mano que buitre volando. Todavía, respondió D. Quijote, si tú, Sancho, me dejaras acometer como yo queria, te hubieran cabido en despojos por lo ménos la corona de oro de la emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fuéron de oro puro, sino de oropel ó hoja de lata. Así es verdad, replicó D. Quijote, porque no fuera acertado que los atavios de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la misma comedia, con la cual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana; y ninguna comparacion hay que mas al vivo nos represente lo que somos y lo que debemos de ser, como la comedia y los comediantes. Si no, dime: ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufian, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales. Sí he visto, respondió Sancho. Pues lo mismo, dijo D. Quijote, acontece en la comedia y trato de este mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. ¡Brava comparacion! dijo Sancho, aunque no tan nueva que yo no la haya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez, que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dijo D. Quijote, te vas haciendo ménos simple, y mas discreto. Sí, que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuesa merced, respondió Sancho; que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversacion de vuesa merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caido, la cultivacion el tiempo que há que le sirvo y comunico; y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendicion, tales que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Rióse D. Quijote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera que le admiraba, puesto que todas ó las mas veces que Sancho queria hablar de oposicion y á lo cortesano, acababa su razon con despenarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que él se mostraba mas elegante y memorioso era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia. En estas y en otras pláticas se les pasó

gran parte de la noche, y á Sancho le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos, como él decia cuando queria dormir, y desaliñando al rucio le dió pasto abundoso y libre. No quitó la silla á Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debajo de techado, no desaliñase á Rocinante, antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzon de la silla; pero ¿quitar la silla al caballo? guarda: y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al rucio, cuya amistad dél y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama por tradicion de padres á hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; mas que por guardar la decencia y decoro que á tan heroica historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su presupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban acudían á rascarse el uno al otro, y que despues de cansados y satisfechos cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, que le sobraba de la otra parte mas de media vara, y mirando los dos atentamente al suelo se solian estar de aquella manera tres dias, á lo ménos todo el tiempo que les dejaba ó no les compelia la hambre á buscar sustento. Digo que dicen, que dejó el autor escrito que los habia comparado en la amistad á la que tuvieron Niso y Eurialo, y Pilades y Orestes: y si esto es así se podia echar de ver, para universal admiracion, cuán firme debió ser la amistad destes dos pacíficos animales, y para confusion de los hombres que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dijo:

No hay amigo para amigo:

Las cañas se vuelven lanzas,

y el otro que cantó:

De amigo á amigo la chinche, etc.

y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad destes animales á la de los hombres; que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüeñas el cristal, de los perros el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo. Finalmente Sancho se quedó dormido al pié de un alcornoque, y D. Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo habia pasado cuando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas, y levantándose con sobresalto se puso á mirar y á escuchar de dónde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres á caballo, y que el uno dejándose derribar de la silla dijo al otro: Apéate, amigo, y quita los frenos á los caballos, que á mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos. El decir esto y el tenderse en el suelo todo fué á un mismo tiempo, y al arrojarse hicieron ruido las armas de que venia armado: manifiesta señal por donde conoció D. Quijote que debia de ser caballero andante; y llegándose á Sancho, que dormia, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo: Hermano Sancho, aventura tenemos. Dios nos la dé buena, respondió Sancho; y adónde está, señor mio, su merced desta señora aventura? ¿Adónde, Sancho? replicó D. Qui-

jote, vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que á lo que á mí se me trasluce no debe de estar demasidamente alegre, porque le vi arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le crujieron las armas. ¿Pues en qué halla vuesa merced, dijo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondió D. Quijote, que esta sea aventura del todo, sino principio della, que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha, que á lo que parece templando está un laud ó vihuela, y según escupe y se desembaraza el pecho, debe prepararse para cantar algo. A buena fe que es así, respondió Sancho, y que debe ser caballero enamorado. No hay ninguno de los andantes que no lo sea, dijo D. Quijote, y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta, que de la abundancia del corazón habla la lengua. Replicar quería Sancho á su amo, pero la voz del caballero del Bosque, que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó; y estando los dos atentos oyeron que lo que cantó fué este

SONETO.

Dadme, señora, un término que siga,
Conforme á vuestra voluntad cortado,
Que será de la mía así estimado,
Que por jamas un punto del desdiga.
Si gustais que callando mi fatiga
Muera, contadme ya por acabado;
Si queréis que os la cuente en desusado
Modo, haré que el mismo amor la diga.
A prueba de contrarios estoy hecho
De blanda cera y de diamante duro,
Y á las leyes de amor el alma ajusto.
Blando cual es, ó fuerte, ofrezco el pecho:
Entallado, ó imprimido lo que os de gusto,
Que de guardarlo eternamente juro.

Con un ay, arrancado al parecer de lo íntimo de su corazón, dió fin á su canto el caballero del Bosque, y de allí á un poco con voz doliente y lastimada dijo: ¡Oh la mas hermosa y la mas ingrata mujer del orbe! Cómo qué, ¿será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la mas hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos, y finalmente todos los caballeros de la Mancha? Eso no, dijo á esta sazón D. Quijote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podia ni debía confesar una cosa tan perjudicial á la belleza de mi señora; y este tal caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos, quizá se declarará mas. Si hará, replicó Sancho, que término lleva de quejarse un mes arreo. Pero no fué así, porque habiendo entreoído el caballero del Bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentacion se puso en pié, y dijo con voz sonora y comedida: ¿Quién va allá? ¿Qué gente? ¿Es por ventura de la del número de los contentos, ó la del de los afligidos? De los afligidos, respondió D. Quijote. Pues lléguese á mí, respondió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la misma tristeza y á la afliccion mesma. D. Quijote, que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni mas ni menos. El caballero lamentador así á D. Quijote del brazo, diciendo: Sentáos aquí, señor caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberlos hallado en este lugar, donde

la soledad y el serenos hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes. A lo que respondió D. Quijote: Caballero soy de la profesion que decís; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasion que tengo de las ajenas desdichas: de lo que cantastes poco há colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir, del amor que tenéis á aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrastes. Ya cuando esto pasaba estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del día no se hubieran de romper las cabezas. Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á D. Quijote, ¿sois enamorado? Por desventura lo soy, respondió D. Quijote, aunque los danos que nacen de los bien colocados pensamientos, ántes se deben tener por gracias que por desdichas. Así es la verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razón y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos parecen venganzas. Nunca fuí desdeñado de mi señora, respondió D. Quijote. No por cierto, dijo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca. ¿Es vuestro escudero este, preguntó el del Bosque. Si es, respondió D. Quijote. Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor: á lo ménos ahí está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo. Pues á fe, dijo Sancho, que he hablado yo y puedo hablar delante de otro tan, y aun... quédese aquí, que es peor meneallo. El escudero del Bosque asíó por el brazo á Sancho, diciéndole: Námonos los dos donde podamos hablar escuderialmente todo cuanto quisiéramos, y dejemos á estos señores amos nuestros que se den de las astas contándose las historias de sus amores, que á buen seguro que les ha de coger el día en ellas, y no las han de haber acabado. Sea en buena hora, dijo Sancho, y yo le diré á vuesa merced quién soy, para que vea si puedo entrar en docena con los mas hablantes escuderos. Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.

CAPITULO XIII.

Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.

Divididos estaban caballeros y escuderos, estos contándose sus vidas y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos: y así dice, que apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo á Sancho: Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de caballeros andantes; en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres. Tambien se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el hielo de nuestros cuerpos, porque ¿quién mas calor y mas frio que los miserables escuderos de la andante caballería? Y aun ménos mal si comiéramos, pues los duelos con pan són ménos; pero tal vez hay que se nos pasa un día y dos sin desayunarnos, si no es el viento que sopla. Todo eso se

puede llevar y conllevar, dijo el del Bosque, con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasidamente no es desgraciado el caballero andante á quien un escudero sirve, por lo ménos á pocos lances se verá premiado con un hermoso gobierno de cualquier ínsula, ó con un condado de buen parecer. Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula: y él es tan noble y tan liberal que me le ha prometido muchas y diversas veces. Yo, dijo el del Bosque, con un canonicato que daré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo. ¿Y qué tal? Debe de ser, dijo Sancho, su amo de vuesa merced caballero á lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes á sus buenos escuderos; pero el mio es meramente lego: aun yo me acuerdo cuando le querian aconsejar personas discretas, aunque á mi parecer mal intencionadas, que procurase ser arzobispo; pero él no quiso sino ser emperador, y yo estaba entonce temblando si le venía en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella, porque le hago saber á vuesa merced, que aunque parezco hombre, soy un bestia para ser de la Iglesia. Pues en verdad que lo yerra vuesa merced, dijo el del Bosque, á causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena data: algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos malencólicos, y finalmente el mas erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor sería que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos á nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios mas suaves, como si dijésemos cazando ó pescando; que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo á quien le falte un rocín y un par de galgos y una caña de pescar con que entretenerse en su aldea? A mí no me falta nada deso, respondió Sancho; verdad es que no tengo rocín, pero tengo un asno que vale dos veces mas que el caballo de mi amo: mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por él aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima: á burla tendrá vuesa merced el valor de mi rocío, que rocío es el color de mi jumento: pues galgos no me habian de faltar habiéndolos sobrados en mi pueblo, y mas que entónces es la caza mas gustosa cuando se hace á costa ajena. Real y verdaderamente, respondió el del Bosque, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracheras destos caballeros, y retirarme á mi aldea, y criar mis hijitos, que tengo tres como tres orientales perlas. Dos tengo yo, dijo Sancho, que se pueden presentar al papa en persona, especialmente una muchacha á quien crió para condesa, si Dios fuere servido, aunque á pesar de su madre. ¿Y qué edad tiene esa señora que se cria para condesa? preguntó el del Bosque. Quince años, dos mas ó ménos, respondió Sancho; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de abril, y tiene una fuerza de un ganapan. Partes son esas, respondió el del Bosque, no solo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. ¡Oh hideputa puta, y qué reja debe de tener la bellaca! A lo que respondió Sancho algo mohino: Ni ella es puta, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, miétras yo viviere; y háblese mas comedidamente, que para haberse criado vuesa merced entre

caballeros andantes, que son la mesma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras. ¡Oh qué mal se le entiende á vuesa merced, replicó el del Bosque, de achaque de alabanzas, señor escudero! Cómo, ¿y no sabe que cuando algun caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, ó cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: ¡Oh hideputa puta, y qué bien que lo ha hecho! y aquello que parece vituperio en aquel término, es alabanza notable? y renegad vos, señor, de los hijos ó hijas que no hacen obras que merezcan se les den á sus padres loores semejantes. Si reniego, respondió Sancho, y dese modo y por esa mesma razon podia echar vuesa merced á mí y á mis hijos y á mi mujer toda una putería encima, porque todo cuanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas, y para volverlos á ver ruego yo á Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que me hallé un día en el corazón de Sierra-Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece que á cada paso le tocó con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un príncipe, y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene mas de loco que de caballero. Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco, y si va á tratar dellos no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen: Cuidados ajenos matan al asno, pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si despues de hallado le ha de salir á los hocicos. ¿Y es enamorado, por dicha? Si, dijo el del Bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la mas cruda y la mas asada señora que en todo el orbe puede hallarse: pero no cojea del pié de la crudeza, que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y ello dirá ántes de muchas horas. No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon ó barranco: en otras casas cuecen habas y en la mia á calderadas: más acompañados y paniaguados debe de tener la locura que la discrecion; mas si es verdad lo que comunmente se dice, el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuesa merced podré consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y mas bellaco que tonto y que valiente. Eso no es el mio, respondió Sancho: digo que no tiene nada de bellaco; ántes tiene un alma como un cántaro: no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día; y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazón, y no me amaño á dejarle por mas disparates que haga. Con todo eso, hermano y señor, dijo el del Bosque, si el ciego guía al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compas de piés, y volvernos á nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas. Escupia Sancho á menudo al parecer un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dijo: Paréceme que de lo que hemos hablado se nos pe-

gan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzon de mi caballo, que es tal como bueno: y levantándose volvió desde allí á un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara; y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar, tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algun cabron, no que de cabrito, lo cual visto por Sancho, dijo: ¿Y esto trae vuesa merced consigo, señor? Pues ¿qué se pensaba, respondió el otro, soy yo por ventura algun escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo cuando va de camino un general. Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba á oscuras bocados de nudos de suelta, y dijo: Vuesa merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo á lo ménos, y no como yo, mezquino y malaventurado, que solo traigo en mis alforjas un poco de queso tan duro, que pueden descalabrar con ello á un gigante, á quien hacen compañía cuatro docenas de algarobas y otras tantas de avellanas y nueces, mercedes á la estrechez de mi dueño, y á la opinion que tiene y orden que guarda de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo. Por mi fe, hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo hecho el estómago á tagarninas ni á piruétanos ni á raíces de los montes: allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren: siambreras traigo, y esta bota colgando del arzon de la silla por sí ó por no, y es tan devota mia, y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos; y diciendo esto se la puso en las manos á Sancho, el cual empuñándola puesta á la boca estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber dejó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro dijo: ¡Oh hideputa bellaco, y cómo es católico! ¿Veis ahí, dijo el del Bosque, en oyendo el hideputa de Sancho, cómo habeis alabado este vino llamándole hideputa? Digo, respondió Sancho, que confieso que conozco que no es deshonra llamar hijo de puta á nadie cuando cae debajo del entendimiento de alabarle. Pero dígame, señor, por el siglo de lo que mas quiere, ¿este vino es de Ciudad-Real? ¡Bravo mojon! respondió el del Bosque, en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. A mí con eso, dijo Sancho, no tomeis ménos sino que se me fuera á mí por alto dar alcance á su conocimiento. ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome á oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje, por parte de mi padre, los dos mas excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha; para prueba de lo cual les sucedió lo que ahora diré. Diéronles á los dos á probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad ó malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua, el otro no hizo mas de llegarlo á las narices. El primero dijo que aquel vino sabía á hierro, el segundo dijo que mas sabía á cordobán. El dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno por donde hubiese tomado sabor

de hierro ni de cordobán. Con todo eso los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cordobán: porque vea vuesa merced si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causa. Por eso digo, dijo el del Bosque, que nos dejemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas no busquemos tortas, y volvámonos á nuestras chozas, que allí nos hallará Dios si él quiere. Hasta que mi amo llegue á Zaragoza le serviré, que despues todos nos entenderemos.

Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y temparles la sed, que quitársela fuera imposible; y así asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dejaremos por ahora por contar lo que el caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

CAPITULO XIV.

Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque.

Entre muchas razones que pasaron D. Quijote y el caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á D. Quijote: finalmente, señor caballero, quiero que sepais que mi destino, ó por mejor decir mi eleccion, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia: llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo, como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comeditos deseos con hacerme ocupar, como su madrina á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa gigante de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la mas movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, vila, y vencíla, y hícela estar queda y á raya (porque en mas de una semana no soplaron sino vientos nortes). Vez tambien hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando: empresa mas para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra: ¡peligro inaudito y temeroso! y que le trujese particular relacion de lo que en aquella oscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pesé los Toros de Guisando, despeñéme en la sima, y saqué á luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolucion, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el mas valiente y el mas bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo mas me precio y ufano es de haber ven-

cido en singular batalla á aquel tan famoso caballero D. Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es mas hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal D. Quijote que digo, los ha vencido á todos, y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se han transferido y pasado á mi persona.

Y tanto el vencedor es mas honrado
Cuanto mas el vencido es reputado:

así que ya corren por mi cuenta y son mias las innumerables hazañas del ya referido D. Quijote. Admirado quedó D. Quijote de oír al caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el mentis en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dijo: De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido á los mas caballeros andantes de España y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á D. Quijote de la Mancha, póngolo en duda: podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan. ¿Cómo no? replicó el del Bosque; por el cielo que nos cubre, que peleé con D. Quijote, y le vencí y rendí, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos: campea debajo del nombre del caballero de la Triste Figura, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y finalmente tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo, como la mia, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito á la misma incredulidad. Sosegáos, señor caballero, dijo D. Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habeis de saber, que ese D. Quijote que decis es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me habeis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habeis vencido: por otra parte veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descuberto de la tierra: y para confirmacion desto quiero tambien que sepais, que los tales encantadores sus contrarios há mas de dos dias que trasformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán trasformado á D. Quijote: y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo D. Quijote, que la sustentará con sus armas, á pié ó á caballo, ó de cualquier suerte que os agradare: y diciendo esto se levantó en pié, y se empuñó en la espada esperando qué resolución tomara el caballero del Bosque, el cual con voz asimismo sosegada respondió, y dijo: Al buen pagador no le duelen prendas; el que una vez, señor D. Quijote, pudo venceros trasformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro

propio sér; mas porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á oscuras como los saltadores y rufianes, esperemos el dia para que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare. Soy mas que contento desa condicion y convenencia, respondió Don Quijote; y en diciendo esto se fuéron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les saltó el sueño. Despertáronles, y mandáronlos que tuviesen á punto los caballos, porque en saliendo el sol habian de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla, á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo por las valentías que habia oído decir del suyo al escudero del Bosque; pero sin hablar palabra se fuéron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rucio se habian olido y estaban todos juntos. En el camino dijo el del Bosque á Sancho: Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen: dígoles, porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros tambien hemos de pelear y hacernos astillas. Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso: á lo ménos yo no he oído decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería: cuanto mas, que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera, y mas quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán ménos, que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes: hay mas, que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para eso sé yo un buen remedio, dijo el del Bosque: yo aquí traigo dos talegas de lienzo de un mismo tamaño: tomaréis vos la una, y yo la otra, y reñiremos á talegazos con armas iguales. Desa manera sea en buena hora, respondió Sancho, porque ántes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos. No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de gujarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño. Mirad, ¡cuerpo de mi padre! respondió Sancho, qué martas cebollinas ó qué copos de algodón cardado pone en las talegas para no quedar molidos los cascós, y hechos alheña los huesos; pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mio, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetitos para que se acaben ántes de llegar su sazón y término, y que se cayan de maduras. Con todo, replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora. Eso no, respondió Sancho, no seré yo tan descortés